

MATÍAS BAUSO

.....

# DISTINTOS A TODOS

.....

El camino del **Racing de Costas**  
a la Copa Sudamericana

INCLUYE  
**PÓSTER**  
DE LOS  
CAMPEONES



MATÍAS BAUSO

.....

# **DISTINTOS A TODOS**

El camino del **Racing de Costas**  
a la Copa Sudamericana

 Planeta

## **Ser de Racing: 50 años en la vida de un hincha**

Esta es una historia de amor; de un amor no siempre correspondido, pero intenso e incondicional.

Siempre fui de Racing. En mi vida nada se mantuvo tan inmovible como mi filiación racinguista. No solo significa que no cambié o ni siquiera pensé cambiar de club. Eso se da por descontado. Desde que tengo uso de razón me gusta y me interesa el fútbol, pero principalmente me apasiona, me obsesiona, me enferma Racing.

Voy a la cancha desde que tengo cuatro años. No recuerdo cuál fue mi primer partido. Para mí ir a ver a Racing es algo que sucedió siempre, que no tiene un comienzo determinado. Un hábito que lleva casi medio siglo (de hecho, este año cumpla mis bodas de oro como espectador en el Cilindro).

Para ser preciso: cuando era chico no iba a la cancha, me llevaba mi papá. Como hoy yo llevo a mi hijo. Íbamos los tres cada domingo: mi papá, mi hermano y yo (y a veces la hacíamos ir a mi mamá, que nunca vio un gol porque cerraba los ojos y rezaba cada vez que la pelota se acercaba a las áreas: quería tener una semana tranquila). Lo de “cada domingo” no es una forma de

decir. Se jugaba siempre ese día a la tarde. Cada tanto se intercalaba un miércoles nocturno —no hay mejor programa en el mundo que el fútbol de noche—. Y nosotros no faltábamos nunca.

Durante años me pasó lo mismo. Es una tontería disimular, no voy a empezar con una mentira: desde que tengo uso de razón me pasa lo mismo. Los días que juega Racing, en lo primero que pienso apenas me despierto es, precisamente, en que ese día juega Racing. Un día diferente al resto. Una tenue ansiedad me acompañará toda la jornada y se irá acrecentando a medida que se acerque la hora del partido. Todo lo que haga en el día estará dominado por la Academia.

Nick Hornby en *Fiebre en las gradas*, la mejor incurción en la cabeza y el alma de un hincha de fútbol, dice algo parecido. En el inicio del libro cuenta que veinte minutos después de despertarse ya está pensando en el Arsenal, su club. Me indigna. ¡Veinte minutos! La maldita flema inglesa.

Cada tanto se agita en los medios la discusión estéril: ¿quién es el tercer grande? Aparecen hinchas de Racing, Independiente y San Lorenzo defendiendo cada uno a su equipo, retorciendo argumentos, forzando lógicas para acomodar mejor a su club. Cada uno tiene lo suyo. Lo nuestro no es poco. Somos precursores: el primer grande, primer campeón amateur sin ingleses, único heptacampeón, primer tricampeón del profesionalismo, primer campeón intercontinental, primer campeón

de la Supercopa. Una hinchada fiel. ¿Quién tiene más hinchas? Difícil determinarlo. Con nosotros se produce un fenómeno particular. Parecemos más de los que somos porque no hay hinchas de Racing que pasen desapercibidos. De mucha de la gente que nos rodea no sabemos de qué equipo es. Por el contrario, si es de Racing no solo lo sabemos (se lo hacemos saber al mundo), sino que es un dato que se da a conocer muy rápidamente.

“No somos millonarios, no somos la mitad más uno, no tenemos 200 copas, pero somos distintos a todos. La gente, la gente...”, empezó a decir Costas en la conferencia de prensa posterior a la final de la Copa Sudamericana, y la emoción le interrumpió la frase.

Hay una sensación particular, una empatía inmediata, que solo se produce cuando uno se cruza circunstancialmente con otro hincha de tu club. Es una condición que hermana. Como ninguna otra cosa. Un ejemplo banal: una pequeña vibración, una leve emoción recorre mi cuerpo cuando viajando en taxi reconozco un escudo de la Academia colgando del espejo retrovisor, o el celeste y blanco en el bamboleante llavero. En esos casos se guarda el teléfono, se cierra el libro que se está leyendo y se conversa. De fútbol, naturalmente. Y se recuerda. Las opiniones se acomodan para que la complicidad sea completa: ¿para qué provocar una incomodidad en una charla fraternal?

Por el contrario, una indisimulable hosquedad, o al menos desconfianza, se instala en mí de manera auto-

mática e irracional cuando veo un banderín de un equipo rival, preferentemente River o Independiente, oscilando entre el tablero y la guantera.

*Olé, olé, olé cada día te quiero más...*

No es un lugar común. Ni siquiera un desafío a la tribuna de enfrente (cuando había otros hinchas). No es una canción que se cante maquinalmente, porque los demás la canten o porque resulta pegadiza. Surge espontánea y genuina. Las palabras se entrecortan y amontonan en la garganta.

Un brazo gira en lo alto, revolea una remera, un sweater o cualquier otro trapo que se tenga a mano. Los ojos se humedecen y la voz se aflauta.

Alarido de pertenencia. De orgullosa pertenencia. E incondicional declaración de amor.

El fútbol es el mismo y la intensidad del sentimiento, similar. Aunque nos guste medir la pasión y suponer, sin admitir prueba en contrario, que la nuestra es superior. Lo que la hace, para la mayoría, más elevada, en cuanto a fútbol se refiere, no es la sofisticación de ese sentir, sino todo lo contrario. En este punto se prefiere lo más rudimentario: ser primitivo en el fútbol parece ser un valor. Lo cierto es que un hincha de Boca, uno de Racing, uno de Temperley o uno de Desamparados de San Juan puestos a jugar cosas importantes se igualan en sus reacciones.

Hay una de esas reacciones que nunca deja de asombrarme y conmoverme. En la cancha, ante un mal re-

sultado, se presenta un catálogo del sufrimiento. Las diferentes formas de dolor en las gradas. Cada uno lo expresa a su modo. En realidad no siempre es dolor: hay frustración, desesperación, insatisfacción, una tristeza desgarradora.

Los jugadores, por el contrario, lo viven distinto. Cuando en la cancha uno se sienta cerca de alguno que está lesionado o suspendido, observa como ellos no transitan la misma tensión que los hinchas. Miran el teléfono (¡cómo vas a tuitear o subir un *reel* a Instagram en medio de un partido!), no se enojan con los fallos arbitrales, no se quedan sin voz cuando hacemos un gol. No está mal ni es condenable. Tal vez hasta es más sano.

Lo que no deja de sorprenderme es la reacción de los exjugadores. Y no hablo durante el partido. Recuerdo un notable goleador de los ochenta que pasó por mil equipos, pero los hijos quedaron prendados por Racing pese a su breve estadía, que ingresaba a la platea diez minutos antes del inicio de cada partido. Así se aseguraba que ya estuvieran todos instalados y con gratitud le cantaban su canción (son pocos los jugadores a los que una hinchada le dedica un canto propio). Él agradecía con un brazo en alto y una sonrisa esplendorosa y subía los escalones estrechando manos y dando abrazos. Luego se instalaba en su asiento y cada vez que el equipo salía a la cancha y recibía los papelitos, cada vez que los jugadores saludaban con los brazos en alto en el círculo central, cada partido en el que la hinchada bramaba *Y dale y dale y dale Racing dale*, a él, al viejo goleador, se le

llenaban los ojos de lágrimas. No era emoción. Era dolor, dolor de lo irreversible, de saber que lo mejor ya había pasado.

El fútbol de antes era muy distinto al de ahora. No hablo solo de tácticas, disciplinas y rendimientos físicos. Nuestra manera de contactarnos con él, nuestra forma de consumirlo era muy diferente. Se televisaban solo dos partidos. Para ver los goles de tu equipo se dependía de que algún noticiero hubiera mandado un camarógrafo a la cancha y de que la cámara estuviera encendida en el momento del gol. Si todas esas eventualidades se presentaban a la vez (no era muy frecuente), uno podía ver la pelota entrando en el arco en una imagen temblorosa. Todos los goles parecían filmados por Zapruder, el aficionado que captó el asesinato de Kennedy. Si no íbamos a la cancha había que tirarse al piso al lado de la radio para escuchar la fecha. Digo la fecha porque, excepto el del viernes, todos los demás partidos se jugaban simultáneamente el domingo a la tarde. Había radios que seguían la campaña de Racing, pero estaban ubicadas en un lugar complicado del dial y no siempre se sintonizaban bien, a pesar de que teníamos la Siete Mares, la radio con tapa (ese planisferio de la tapa lo estudié durante horas y horas de fútbol) y extrañas teclas. Parecía una radio de la NASA. Mi abuelo Pedro los escuchaba con la Spika, recubierta con una funda de cuero marrón con agujeritos, pegada a la oreja. Si nadie transmitía Racing, se escuchaba a Muñoz. Y cada *piiip*, cada



vez que un corresponsal llamaba desde una cancha se paralizaba el corazón, y después de la pregunta del Gordo Muñoz (“¿Quién llama?”) solo se quería escuchar: “¡Gol de Racing, Muñoz!”. Después había que comprar el diario el lunes a la mañana, y a la noche ir a la esquina a esperar *El Gráfico*. Y los martes la *Revista Racing*.

En ese panorama de (escasa) información, cada dato era un diamante para un nene que todavía no sabía leer (no aprendí a leer con *El Gráfico*; aprendí a leer para poder leer *El Gráfico*). Me fascinaban los arqueros. Los de esa época, los primeros que conocí, apenas pasada la mitad de la década del setenta, eran personajes atractivos, enigmáticos, particulares, con físicos imponentes. Fillol, Cejas, Gatti, Vivalda, Landaburu, Buttice, La Volpe, Bailey, el uruguayo Carrasco.

Una noche, en el Cilindro, apenas empezado el partido, un delantero rival se llevó puesto a Cejas y lo desparramó en el área. En la platea se instaló un profundo silencio. Le pregunté a mi papá cómo se llamaba el arquero suplente. A los cinco años un cambio de arquero, algo no tan frecuente, viene segundo en el ranking de eventos excitantes después de una definición por penales. Mi papá, preocupado por la salud del enorme (en varias acepciones) Agustín Mario, me contestó algo maquinalmente: “Un tal López”. Cejas se recuperó y siguió jugando y yo me quedé con las ganas de ver al arquero suplente. Pero dos o tres meses después me di el gusto. Creo que esta vez no medió lesión, sino que tras un gol muy protestado en contra, el bombero del referí nos ex-

pulsó al arquero. Entre el gol rival, la expulsión y la entrada del arquero ignoto y en el que pocos confiaban (“Uhh para colmo entra López”, dijo nuestro vecino de platea), el clima era denso. Así, cuando en la jugada siguiente, un inofensivo centro cayó en nuestra área y López, mi nuevo héroe, lo atenazó con sus manos, y luego cayó hecho un ovillo asegurando la pelota contra su pecho, quise demostrarle mi confianza, quise hacerle saber que ahí tenía alguien que lo apoyaba y, parándome con entusiasmo, grité lo más fuerte posible con mi voz finita una felicitación que contenía el que para mí era su nombre de pila (eso de llamar por el apellido distancia): “¡Grande, Untal!”.

Era muy chiquito y si jugaba la Academia, durante esas dos horas de domingo, no había programa, cumpleaños o paseo con el que mi mamá pudiera sobornarme. Y muchas veces, si jugábamos lejos o si el partido era en Capital y Gran Buenos Aires, pero de los considerados peligrosos (estos eran los peores: mi hermano y mi papá iban y yo me quedaba en casa), eso significaba tirarse en la alfombra a seguirlo por radio.

En el colegio todos, profesores y compañeros, sabían de qué equipo era yo. También los comerciantes del barrio, a los que les relataba los goles del domingo. Un día en la platea del Cilindro, antes de que empezara un partido frente a Chacarita, uno de los amigos de papá preguntó cómo habíamos salido el campeonato anterior frente a los Funebreros. Empecé a responder el resultado y los goleadores nuestros, cuando la charla me tapó

mientras papá me acariciaba la cabeza, en un intento discreto por callarme. Pero uno de los amigos, sorprendido, gritó: “¡Tiene razón el nene!”. Y ahí empezaron a recordar cómo habían sido los goles y algunas incidencias del partido. A partir de ese momento cambió mi estatus en la platea. Antes de afirmar algún dato estadístico me utilizaban como fuente de consulta. Un *freak* de casi seis años. Pero racinguista.

Mi primer ídolo futbolístico fue el Roque Avallay. Tenía todo para encandilar a un chico de cinco años. Todo.

Vayamos por partes. Hacía muchos goles (muchos de verdad, e importantes) y en especial le hizo un montón a River, lo que significa que se los hizo a Fillol, alguien que para mí (en realidad para cualquier persona razonable) era un superhéroe invencible: el Roque era su kryptonita. Además tenía un festejo particular que, yo creía, era el colmo de la originalidad: salía gritando con los puños apretados al costado del cuerpo, los músculos del cuello tirantes, con algo de bronca y, luego de unos pasos, pegaba un pequeño salto en el que giraba la cadera, revoleaba las piernas y un brazo se agitaba en el aire como un latigazo. Lo dicho: el mejor y más original festejo de la historia. Mi sorpresa fue enorme al descubrir, meses después, que el chico del que todo el mundo hablaba, Diego Maradona, le copiaba la celebración. Para mí eso demostraba la superioridad de Roque. Tuvieron que pasar muchos años para que me enterara que era el

típico festejo de Pelé. Por último, Avallay (que era rápido para su edad y muy inteligente; tenía un gran movimiento para engañar a los defensores y salir del *offside*) gozaba de un privilegio para pocos: tenía canto propio. *Racing toque, Racing toque que los goles los hace Roque*. Mientras escribo me veo en los asientos enormes de cemento de la vieja platea, con brazos metálicos y el respaldo generalmente cagado por palomas, dando pequeños saltos entusiastas y cantando la canción de Roque y se me pone la piel de gallina y las emociones se atropellan en mi garganta.

Tuve solo un ídolo más. Obviamente, fue Rubén Paz. Un jugador extraordinario. Imaginativo, hábil, de una velocidad mental inigualable. No parecía gozar de gran capacidad atlética: corría como si estuviera en ojotas, apoyando toda la planta del pie. Pero su zurda solo producía maravillas. Tiros libres mágicos, gambetas prodigiosas, goles inolvidables. Un día en Santa Fe, desde 45 metros, se la clavó de media vuelta en el ángulo a Pumpido; una noche en el Cilindro, frente a Estudiantes, en tan solo veinte minutos hizo los tres goles más lindos del campeonato; o aquel caño a Monzón en el clásico (gol y tapa de *El Gráfico*); o el cabezazo de pique al suelo frente a River en el minuto 92, el día que Fillol enloqueció y propició con su expulsión el debut de Roa. Y así podría seguir. Pero lo más importante del Uruguayo no fueron estos logros. Fue la posibilidad de presenciar su arte, de disfrutar a un artista, de sentirlo nuestro.

De sentir en cada intervención suya que algo bueno podía pasar. Esa ilusión es lo que uno le agradece eternamente.

Hasta después del 2001 íbamos siempre a la cancha. De locales y de visitantes, salvo que jugáramos en Córdoba o en Santa Fe. A Rosario fuimos varias veces. También a La Plata. Hasta bien entrados los noventa no existían las entradas anticipadas. De locales teníamos el abono a platea. A papá no le gustaba llegar demasiado temprano. Así que conseguir platea cuando jugábamos de visitante no era tan sencillo. La muchedumbre fuera del estadio se impacientaba mientras se iba acercando la hora del partido. Nadie quería quedarse afuera. La gente se amontonaba en las ventanillas. Mientras mi papá y mi hermano hacían la cola, yo me acercaba a las ventanillas, ahí donde la fila se ensanchaba y se desordenaba. Siendo bajito, lograba escurrirme entre empujones y grandotes que querían pasar primero. El objetivo era agarrarme de uno de los barrotes de la ventanilla de venta. Una vez que estaba asido nadie podía sacarme, y en dos o tres minutos lograba salir victorioso del alboroto con mis tres plateas.

Las costumbres cambiaron. Nadie iba a la cancha con la camiseta de su equipo. No estaba desarrollado el marketing deportivo, no se sabía qué marca usaba tu club y las camisetas oficiales no se conseguían en los comercios. No existían tampoco parches ni estrellas. Los chicos teníamos una camiseta de piqué con los colores de nuestro club hasta que no nos entraba más. Podía-

mos atravesar toda la infancia y la primera juventud con solo dos modelos. A su vez, no era aconsejable llevar camisetas a la cancha porque al haber dos parcialidades y al compartir accesos y egresos (terminado el partido se abrían las puertas del estadio y salían todos los hinchas al mismo tiempo), lo mejor era que no individualizaran de qué equipo era uno. Se llevaban banderas que se pudieran doblar en los bolsillos o aquellas de plástico, que se podía hacer flamear mientras crujían, gorros, vinchas y alguna bufanda con los colores. No mucho más.

En la platea convivían hinchas de los dos equipos y se gritaban los goles, sin exceso de efusiones, aunque se fuera visitante. Por ejemplo en la cancha de Independiente se entraba a la platea por el mismo lugar por el que ingresaba la popular local. Cuando había un gol a lo sumo había que sufrir algún gesto soez a la distancia.

Recuerdo que un día fuimos a la cancha de Estudiantes. Mi papá nos había pedido encarecidamente que no comentáramos nada en voz alta y que si llegaba haber algún gol nuestro no lo gritáramos. Recuerdo de esa tarde el pánico que me daba la cancha de tablones, el miedo que tenía de caerme entre las maderas (lo mismo sentí en la popular de Argentinos o en Ferro hasta bastante grande). Ganamos 1 a 0 con un cabezazo de Horacio Cordero. En el momento del gol, el plateísta de Estudiantes que estaba justo debajo nuestro se giró y le dijo a mi mamá (pobre, la habíamos llevado): “Señora, dejé que el nene grite el gol. Cómo no va a gritar un gol un chico de seis años”.

Esa posibilidad de convivencia se fue perdiendo con los años hasta llegar al atroz estado actual que no admite público visitante. Si seguimos así, si el odio irracional se sigue imponiendo, si negamos que existen otros, si no aceptamos que la derrota es una posibilidad, en cualquier momento se van a jugar los partidos sin jugadores visitantes.

Otra diferencia con la actualidad es que las discusiones futboleras podían extenderse al infinito por falta de certezas. La voz autorizada podía ser el comentarista de Muñoz, un columnista de *Clarín* o los “Dialoguitos en el asfalto” de *La Razón*. A veces *El Gráfico* publicaba una de esas secuencias de fotos para mostrarnos si una jugada había sido penal o no. Eso era lo más cercano a un documento. Había jugadas, decisiones arbitrales y hasta jugadores que se convertían en leyendas improbables. Se engrandecían con el tiempo, con la suma de los relatos de los diferentes hinchas. Hace poco, por ejemplo, vi una filmación del “gol imposible” de Grillo a los ingleses. Solo puedo decir que tuvo poco de imposible.

Ahora, gracias a la tecnología, llegamos al extremo opuesto. Todo está registrado. Por ejemplo, del gol de Roger a Cruzeiro hay cientos de videos circulando. O miles. Se lo ve a él corriendo hacia el gol desde todos los ángulos posibles. También se ve la reacción del banco. O los gritos y abrazos del público. También tenemos los que lo vieron en las afueras del estadio, los que se juntaron en un club social, en un bar o en una casa parti-

cular. Todo registrado. No puedo entender quién puede tener el temple necesario, el desapego inexplicable, para estar filmando en un momento así. Implica también una fe, un optimismo del que carezco; el que filma cree que va a registrar para siempre un momento inolvidable. Otra circunstancia curiosa: cómo puede ser que esos videos se puedan ver, cómo los nervios no hacen que el teléfono se mueva descontroladamente.

Yo no filmaría jamás, no lo podría hacer. Pero agradezco a quienes lo hacen. Después de una gran victoria me paso horas, días, mirando ese gol clave (el del Che-lo Díaz, el de Roger) desde cada ángulo posible, disfrutando sin efectos el rugido desesperado de la multitud, viendo cientos de festejos en tribunas, plateas, bares, casas de hinchas.

De los cientos y cientos de videos del gol de Roger puedo decir que los vi todos.

Cada vez que me encuentro con uno de esos cuestionarios en que consultan a los famosos sobre sus gustos y preferencias, me pregunto cómo respondería yo al famoso “cuestionario Proust”. No tengo color favorito, amo demasiados libros como para quedarme con uno, no estimo especialmente a ningún personaje de la historia y no me gustaría comer con nadie con el que no haya comido todavía: me cuesta charlar con extraños. Sin embargo, si la pregunta fuera sobre el paisaje preferido o sobre una imagen favorita, la respuesta sería automática. No hay paisaje más lindo del mundo que el que uno se encuentra apenas sube el último escalón de



acceso a una cancha. La banda sonora de los cantos o del rumor de la gente esperando el partido solo mejora la experiencia. Después de subir escaleras, saborear ese espectáculo único. Primero aparece la tribuna o platea de enfrente, luego el césped. Una leve taquicardia de la emoción, el corazón cimbrea ante la visión. Ese instante siempre se vive como si fuera la primera vez, nunca se termina de naturalizar. A veces, si falta para que empiece el partido, fijo mi vista en la puerta de acceso más cercana y disfruto de la cara de incrédula excitación de los chicos que entran al estadio.

Había un rito más en eso de ir a la cancha en los setenta y los ochenta. Terminado el partido, si habíamos ganado, se debía correr al auto para escuchar en la radio el momento en que el periodista de vestuario de Muñoz entrevistaba a quien había hecho el gol, ya bañado, y le hacían escuchar la repetición de su jugada. Con el relato radial revivíamos el momento de gloria. Pero todavía faltaban dos momentos radiales más para cerrar el domingo. Para enterarse de resultados de otras ligas y de otros deportes se escuchaba de fondo la *Oral deportiva* de Radio Rivadavia. En tiempos previos a Internet era la única manera de informarse de ciertas cosas. Y a la noche bien tarde, en alguna emisora ignota, la *Audición Racing*, un programa de media hora dedicado a la Academia (San Lorenzo e Independiente también tenían las suyas) en el que se analizaba el partido y se daban las últimas novedades, noticias que no salían en los diarios que todavía tenían secciones deportivas escuálidas. La

cortina de nuestro programa comandado por Clemente Bourgarel, era deprimente: Alberto Cortez cantaba “te sigo queriendo como el primer día...”, cosa especialmente contraindicada para un domingo, a medianoche con una derrota sobre los hombros.

Primero fue bandera. Después eslogan repetido hasta el cansancio. *Racing, una pasión inexplicable*. Más que una consideración filosófica, la frase adquirió diferentes connotaciones, permitió más de una acepción. El hincha de Racing que la adoptó como eslogan intentó mostrar la incondicionalidad del sentimiento. El resto puso en juego el sarcasmo y, a través de la frase, intentaban expresar que no había motivos racionales para ser de la Academia. Pero es fácil explicar nuestra pasión académica. Lo difícil es controlarla, que no se desboque, que no nos consuma.

La filosofía se encargó por siglos de explicar las pasiones. Racing (el fútbol en general) no necesita tanto. El periodismo deportivo actual, presa del sensacionalismo, cree, o pretende hacernos creer, que el triunfo o la derrota determinan la afiliación a una divisa. Nada de eso. Un viejo amigo, en medio de nuestros años catastróficos, recibía siempre la misma pregunta: “¿Todavía seguís yendo a ver a Racing?”. “Por supuesto, también voy a comer tres veces por semana con mi vieja que ya tiene 87 años, le cuesta moverse, escucha menos y los ravioles cada vez le salen peor. ¿Pero por eso voy a dejar de ir a abrazarla y darle besos?”. En la respuesta no había solo

ingenio. Había azoramiento. Para un hincha de fútbol es inconcebible dejar de seguir a su equipo.

Ahora vamos a la cancha los cuatro: Vero, Valen, Juli y yo. Más Vicky y Nico, mis sobrinos, hijos de mi hermano. Más Fede, mi cuñado menor, y Roma, su hija de 4. Más Diego, el otro hermano de Vero, y Nacho, su hijo mayor, de 20. Más los Garay, familia del colegio: Raúl, Vicky, Benja y Joaco.

Somos muchos. Ojalá se sumen más.

Les aseguro que es un programa inolvidable.